

Comentarios

Adam Smith y el estado de naturaleza: una falacia antropocéntrica

Margarita Oriola Rojas

Introducción

Antropocentrismo es el prejuicio étnico consistente en “una antipatía que se apoya en una generalización imperfecta e inflexible. Puede sentirse o expresarse. Puede estar dirigida hacia un grupo en general, o hacia un individuo por el hecho de ser miembro del grupo”¹. Como proceso psicosocial, uno de sus rasgos más importantes es el modo en que la *actitud* prejuiciosa modifica el sistema de creencias mediante el proceso de racionalización². En este sentido su estudio importa tanto a la psicología social como a la historia y a la filosofía de la historia.

Muchas veces las actitudes prejuiciosas se manifiestan en la conducta teórica, esto es en la formulación de doctrinas pseudocientíficas con las cuales las restantes conductas prejuiciosas: hablar mal, evitar el contacto, discriminar, etc. hallan un pretendido marco teórico que las justifica moralmente. Por ejemplo, la conquista del continente americano en provecho de los intereses británicos encuentra su justificación en el contenido que John Locke da al concepto de “Estado de Naturaleza”. Una de las características de dicho estado es que en él “el hombre puede apropiarse de las cosas por su trabajo en la medida exacta en que le es posible utilizarlas con provecho antes de que se echen a perder”³.

Ahora bien, ¿existen o existieron alguna vez hombres en ese estado de naturaleza?... Es evidente que nunca faltaron ni faltarán en el mundo hombres que vivan en ese estado...⁴, el cual se atribuye a América. Y la razón –de Locke– ordena mediante la ley natural que los británicos “se sirvan de ella de la manera más ventajosa para la vida y más conveniente para todos”⁵.

Por otra parte, todo prejuicio en cuanto es verbalizado se expresa mediante una falacia no formal, esto es un razonamiento incorrecto por motivos no formales, sino de contenido. En este trabajo me propongo examinar una particular formulación falaz del prejuicio antropocéntrico que podemos llamar *eurocentrismo*.

En “Valor, Trabajo y Capital. Ensayo sobre La Riqueza de las Naciones y el primer pensamiento económico argentino”, presentado en las Jornadas celebradas en Buenos Aires en diciembre de 1976 en honor a Adam Smith y David Hume, su autor Manuel Fernández López, realiza un estudio de cómo “La teoría de Adam Smith se intersecta con el pensamiento económico rioplatense”. Según el autor, esa “confluencia ocurre en un doble sentido de causación: la influencia de la realidad económica del Plata en la obra del propio Smith... y la influencia del esquema del pensamiento de Smith sobre el pensamiento económico del Río de la Plata”.

Dejaremos aquí de lado la segunda de estas tesis y nos centraremos en el comentario de la primera.

Fernández López advierte la importancia que para el tratamiento de esta temática posee la categoría de “estado primitivo y bárbaro”, usada por el propio Smith en su teoría del desarrollo de las economías, y realiza un análisis de tal concepto a partir del diario de Cristóbal Colón, en el cual se manifiesta casi inmediatamente después del desembarco una “generalizada incomprensión de carácter *logocéntrico* y *antropocéntrico*”. Paralelamente se va imponiendo la mentalidad mercantil que busca en el nuevo mundo oro, plata y piedras preciosas. El continente empieza a ser percibido como una mera naturaleza –incluyendo también a los nativos– que puede ser usada por el conquistador.

A continuación recorre el trabajo de Fernández López una extensa y muy bien pensada serie de citas de autores europeos acerca de América. Los juicios de Donne, Samuel Daniel, Buffon, Hume, Isabel la Católica, Voltaire, Reynal,

De Pauw, Marmontel, Bacon y finalmente Hegel comparten entre sí el mismo *eurocentrismo* que Fernández López encontrara en Colón, pero que ahora ya no señala explícitamente. En una sola oportunidad y muy de pasada los llama “mitos”.

Las citas de los autores indicados son descripciones tales que a cada una de ellas podría oponérsele otra de cronistas o autores europeos de la misma época en las cuales los nativos americanos no quedan tan mal parados. Un siglo antes de que Bacon afirmara aquello de que los americanos “eran gentes simples y salvajes, no pudieron dejar a la posteridad escrituras, obras de arte ni ningún indicio de civilización”, Bernal Díaz del Castillo, cronista que acompaña a Cortés, describe el mercado de Tlaltelolco como no pudiendo ser comparado con ninguno de los conocidos ya que era “tan bien acompasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente... y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo”⁶. En esta plaza se vendían ropas, mantas, sogas, zapatos, cueros, legumbres, animales, loza, golosinas y cientos de productos agrupados por su género. Describe a continuación el cronista la magnificencia del templo, cuya plaza era más grande que la de Salamanca, la limpieza del lugar y la asombrosa vista de toda la ciudad observada desde lo alto del templo.

A la debilidad del cuerpo de los americanos aludida por Marmontel y a la afirmación de De Pauw de que “indudablemente la totalidad de la especie humana está debilitada y degenerada en el nuevo continente” podrían oponérsele los siguientes fragmentos del diario de Américo Vespucio describiendo a los aborígenes del actual territorio venezolano: “Son de mediana estatura y de buenas proporciones... Tanto los hombres como las mujeres son en extremo ligeros y veloces para andar y correr, en lo cual nos llevan a los cristianos grande ventaja... Nadan maravillosamente, más de lo que es creíble... Una mujer de éstas puede cargar y llevar auestas por espacio de treinta a cuarenta leguas mayor tieso que el que puede levantar de la tierra el hombre más forzado, como vimos muchas veces. ...En el modo de hablar... son muy astutos y sagaces. ...Son muy limpios y aseados en sus personas. (Las mujeres) son de cuerpo gracioso,

elegante, bien proporcionado de tal suerte que... todas se conservan siempre después del parto como si jamás hubiesen parido”⁷. ¿Es ésta, acaso, la descripción de una raza de individuos degenerados y debilitados?

Con respecto a la debilidad de espíritu que Marmontel predica del americano, según lo cita Fernández López, se podrían recordar las palabras que pronunció aquel cacique que observara a dos españoles, soldados de Balboa, reñir por la repartija de cierta cantidad de oro que él les regalara. Dijo: “ ‘Sí yo supiera, cristianos, que sobre mi oro habíades de reñir, no vos lo diera, ca soy amigo de toda paz y concordia’. Y después de estas reflexiones, añadió: ‘Mas, empero, si tanta gana tenéis que desasoseguéis, y aun matéis a los que lo tienen, yo vos mostraré una tierra donde os hartéis de ello’ ”⁸. No vemos aquí asomarse en ningún momento la debilidad del espíritu americano que postula Marmontel; antes bien deberíamos hacer la reflexión inversa. Tampoco se trata, según este testimonio, del hombre rudo e ignorante que Bacon pretende.

Podrá decirse que no todos los indios de la América sud-ecuatorial vivían del modo descrito por el inca Garcilaso de la Vega, pero aun en las orillas del imperio incaico encontramos agricultores, por ejemplo en la zona pampeana, tal como lo describe Ruy Díaz de Guzmán en *La Argentina*.

La falsedad de las afirmaciones de Hegel acerca del estado de “civilización enteramente natural” de México y Perú es refutada por los testimonios de los mismos cronistas y es mucho más grotesca por ser mucho más tardía.

A esta altura de mi comentario quiero dejar señalado simplemente que son muchas y muy variadas las afirmaciones que a lo largo de cinco siglos los europeos escribieron acerca de América y que a cualquier recorte que se haga de ellas puede oponérsele otro de tanto peso y de sentido contrario.

A continuación, Fernández López analiza el tratamiento de la categoría del estado de naturaleza en los pensadores “racionalistas”: Rousseau y Genovesi y en los “empiristas” Smith y Hegel. Así la hipótesis inicial acerca de la influencia

de la realidad rioplatense en el pensamiento smithiano del estado de naturaleza se complementa con la tesis del tratamiento empirista de dicho tema por parte del maestro escocés. Al iniciarse el análisis de los textos de Smith se señala acertadamente que “se advierte una viva semejanza con los autores citados en el párrafo 6”, que son los “racionalistas” Rousseau y Genovesi. Señala inmediatamente Fernández López que lo que hace empirista el tratamiento de este tema en Smith son las “estadísticas, observaciones personales de la realidad, narraciones de viajeros, etc. Para él, como para Hume, todas las ideas derivaban de *impresiones originales*, toda ciencia se basaba en la *experiencia y la observación*”. (El destacado es mío).

Fernández López se pregunta: “¿cuáles fueron, entonces, los datos del mundo exterior que ingresaron, como en un receptáculo vacío, en este sujeto cognoscente llamado Adam Smith, para concebir la idea de un ‘estado primitivo y bárbaro’ y la ley del valor aplicable a esas condiciones?”. La respuesta a este interrogante que da Fernández López es que esos datos serían la concepción del nuevo mundo dada a conocer por los publicistas acerca de América, y como prueba de ello aporta las citas que Smith hace de los textos de los viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), éste sería el “referente concreto que le suscitó el concepto de ‘estado primitivo y bárbaro’”.

Lo primero que deseo señalar es que un autor puede ser inscripto en términos generales en una corriente filosófica como el empirismo y no ser empirista en el tratamiento de todos los temas que toca, tal el caso de John Locke, a quien sin duda es conveniente considerar como empirista, y sin embargo si tomamos su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, encontramos una cierta incompatibilidad entre los tres primeros libros y el último. Los libros I, II y III dan una *explicación empirista* del conocimiento, y en cambio el libro IV ofrece una *explicación racionalista* acerca de los modos en que la mente relaciona los datos que obtiene⁹.

Por otra parte, si lo que hace empirista a Smith son las “estadísticas y observaciones personales de la realidad”, instrumentos adecuados para el

tratamiento empírico de tales temas –en aquellas circunstancias de la historia de la ciencia– hay que señalar que no hay tales estadísticas ni observaciones personales de la realidad cuando se trata de la categoría del estado de naturaleza que le atribuye a América. Colocar a un mismo nivel metodológico estadísticas, observaciones, impresiones originales, experiencias con *narraciones de viajeros* parece un tanto abusivo. Las observaciones, impresiones originales y experiencias, se puede suponer que guardan una relación inmediata con el material a estudiar, las estadísticas tienen con el mismo una relación más mediatizada, pero al mismo tiempo más confiable, en cambio, los relatos de los viajeros constituyen datos indirectos que deben ser confirmados por otras fuentes de información y ya se señaló que depende de qué relatos y de qué selección se haga de los mismos lo que de ellos pueda extraerse. Los relatos de los viajeros no son “impresiones originales” ni un “referente concreto” de la realidad americana, sino mediatizaciones teóricas acerca de situaciones existentes sujetas a problemas metodológicos relativos a la exactitud, veracidad y encuadre cultural desde el que se los realiza.

Si lo que hace que se afirme que Smith realiza un tratamiento empirista del estado de naturaleza es su cita de los relatos de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, tenemos que señalar que la argumentación no es metodológicamente fuerte. Las descripciones de Juan y de Ulloa pueden ser más adecuadas a la realidad americana que las de otros europeos. De todas formas se trata de relatos de viajeros y su grado de confiabilidad en cuanto tales es menor que el de las impresiones personales, estadísticas y experiencias, aun cuando éstas se hallen en un estadio del desarrollo de la metodología que podríamos llamar primitivo.

Smith usa las descripciones de Juan y de Ulloa en función de la ya aceptada categoría del estado de naturaleza americano, común al pensamiento europeo de su época. Lo que me parece que no puede afirmarse es que *parte de ellas como dato empírico*. Al respecto es más apropiada la tesis del profesor Julio Olivera en cuanto a que la categoría de estado de naturaleza no sería sino una “ficción analítica”.

Más adelante Fernández López afirma que si no hay referencias empíricas en el tratamiento de las ideas del valor en los capítulos cinco y seis del libro I de *La riqueza de las naciones* por parte de Smith, esto se debe a que no “pretende ser un cronista, recopilar datos empíricos, sino remontarse a partir de datos a niveles de mayor generalidad y abstracción (por lo cual, también, el no aludir al referente empírico no descarta la validez de nuestra hipótesis)”. La paradoja aquí planteada sería la siguiente: Smith es empirista, porque parte de datos empíricos (los relatos de los viajeros sujetos a las dudas señaladas), y cuando no parte de tales datos sigue siendo empirista, y más aún, en esas circunstancias lo es precisamente por no tener en cuenta los señalados referentes.

En este punto creo que hay que retomar la idea de la semejanza respecto al tratamiento del estado de naturaleza en autores como Rousseau, Genovesi y Smith. En realidad, los parecidos son mayores que las supuestas diferencias y se trataría en todos los casos de una “ficción analítica”.

Antes de dejar este punto quiero señalar que Smith contaba en el tratamiento del estado de naturaleza con un antecedente que debe ser tenido en cuenta. John Locke, en el *segundo Tratado sobre el Gobierno Civil* (1690) atribuye tal situación a América y también cita a un cronista: Garcilaso de la Vega. Sin embargo, pese a atribuirle realidad histórica al estado de naturaleza, este empirista recurre a dicho artificio teórico con el único propósito de justificar al triunfante parlamentarismo británico, y en función de ello afirma que el estado de naturaleza sólo se supera con un determinado tipo de pacto, el que forma la sociedad política, y aquí debe entenderse la sociedad política que él, John Locke, está justificando con su *Tratado*.

Lo que sí queda en claro del trabajo de Fernández López, gracias a la excelente documentación por él seleccionada y extensamente presentada, es que Adam Smith participaba con muchos intelectuales de su época del eurocentrismo que se inicia con Colón y que guió la mayor parte de la relación entre los europeos y el nuevo mundo. Esto es lo que realmente prueba esta parte

del trabajo de Fernández López, pero no aquella tesis enunciada de “la influencia de la *realidad* económica del Plata en la obra del propio Smith” (el destacado es mío). La *realidad* americana no llegó a Smith, sino a través de una corriente general de pensamiento de la época, que encontraba el estado de naturaleza donde le convenía y no donde éste estuviera realmente –si es que estaba en parte alguna–, y de los textos de Ulloa, pero esto no es la *realidad*, son *teorías* o si se prefiere, ideas, en el lenguaje de Hume, quien afirma: “Con *ideas* quiero significar las imágenes débiles de aquéllas (las impresiones) en el pensamiento y el razonamiento, tales como, por ejemplo, todas las percepciones provocadas por la presente exposición ...”¹⁰. Para Hume, se trata de la diferencia entre el *sentir* y el *pensar* y a pesar de excepciones tales como sueños e impresiones muy débiles no duda en afirmar que la diferencia entre ambos es radical. Por lo tanto, dentro de la teoría del conocimiento de Hume no pueden parangonarse las “observaciones personales de la realidad” con las “narraciones de los viajeros” como pretende Fernández López. Las percepciones provocadas por la lectura de los textos de Ulloa y Juan no constituyen “impresiones originales”, sino *ideas*.

Smith creyó que América era una *pura naturaleza*, como lo creían muchos en aquellos tiempos, pero había en la sociedad americana precolombina una compleja organización social con estructura de poder y de clases y con un régimen de apropiación de la tierra. El error de los datos iniciales no se debe a un error de mediciones o a una carencia de instrumentos adecuados, como ocurre tantas veces en la historia de la ciencia, sino al prejuicio etnocentrista del europeo que escamotea los hechos para hacer valer sus requerimientos frente a la realidad descubierta.

Este etnocentrismo continúa en los primeros escritos económicos argentinos, tal como los cita Fernández López, Cerviño, Bretoño, Vieytes. También Belgrano, Echeverría y muchos otros si bien nacidos en el Río de la Plata miran al continente con *ojos europeos*, por eso hablan del *desperdicio* del vacuno en la segunda mitad del siglo XVIII; pero no se puede hacer tal afirmación en términos absolutos sin caer en una postulación de categorías que son válidas en Europa al

medio americano, pues desde el punto de vista del habitante de las pampas –indio y gaucho– el animal sacrificado era correctamente aprovechado y en su totalidad, esto es la totalidad útil al pampeano; el resto –casi todo el animal–cuyo abandono a la rapiña tanto lloran los europeos, no constituía un bien económico ni para el gaucho, ni para el indio, ya que no lo necesitaban; ganado había en exceso, a veces ante la amenaza que representaba para las poblaciones los Cabildos ordenaban vaquerías con el solo fin de proteger a las ciudades; no había para el habitante de las pampas posibilidades de industrialización ni de comercialización, pues no tenían necesidades que satisfacer por tales vías dentro de los marcos de su cultura. Tales posibilidades existían, sí, pero sólo para el comerciante europeo y urbano. Por lo tanto, no puede hablarse de tal desperdicio desde el punto de vista del americano, y en consecuencia no se puede hacerlo en términos absolutos. Como tampoco puede hablarse de la holgazanería del gaucho por razones análogas y otras distintas que no es éste el momento de detallar¹¹.

Lavardén y los otros autores que cita Fernández López no son *americanos* en el sentido en que lo es el gaucho y el indio, sino que son los europeos de América, imbuidos de la ideología del libre mercado primero y del constitucionalismo más tarde, que miran con el mismo horror que Colón un mundo que no conocen sino externamente y que, por lo tanto, no comprenden, de ahí su voluntad para transformarlo y en parte el éxito que obtuvieron en tal tarea, pues el mundo americano no entendía la lógica del pensamiento europeo y no siempre su defensa estuvo al nivel del ataque –tanto en el plano bélico como en el cultural–.

Cuando se habla del estado de naturaleza se lo hace desde la óptica de la cultura europea. Fernández López inicia su trabajo señalando este punto, pero a lo largo del mismo va como *aceptando tácitamente* el supuesto eurocentrista de la América como una mera naturaleza para poder afirmar que la realidad rioplatense –estado de naturaleza– influye en el pensamiento de Smith cuando de lo que se trata es de una categorización puramente teórica.

La afirmación de América como estado de naturaleza se da en importantes pensadores de la actualidad, por ejemplo, Ferns declara: “El estado de naturaleza

que imperaba en las pampas durante los siglos XVI y XVII no era estático en un modo total"¹². Nuevamente aquí la "ficción analítica" aparece como una descripción objetiva.

No puedo terminar este comentario sin citar al respecto el notable aporte de José Luis Romero, para quien el etnocentrismo de los colonizadores tendría su origen en el etnocentrismo musulmán que desencadenó la guerra santa. "... la mentalidad de la expansión europea había concebido el proyecto de instrumentalizar el mundo no cristiano para sus propios fines... la mentalidad fundadora adoptó en América una actitud inédita. ...América apareció como un continente vacío, sin población y sin cultura"¹³. Imagen que se conjugó con la del tropicalismo. "Cuando la realidad surgió ante los ojos de los conquistadores, o la negaron o la destruyeron. Tenochtitlán fue un símbolo. Deslumbrado por ella, Cortés la destruyó implacablemente, y cuando empezó a difundirse el asombro ante las culturas americanas, Carlos V ordenó que no se las indagara ni profundizara su conocimiento. El continente debía quedar vacío del todo"¹⁴. Esto es *debía ser* estado de naturaleza, aunque no lo fuera. "Se fundaba sobre la nada. Sobre una naturaleza que se desconocía, sobre una sociedad que se aniquilaba, sobre una cultura que se daba por inexistente"¹⁵.

El apriorismo del estado de naturaleza fue en la práctica poderoso, destructivo y al mismo tiempo fecundo, y pese a que han transcurrido siglos desde sus primeras formulaciones sigue señoreando en el pensamiento de muchos intelectuales.

Notas

¹ ALLPORT, GORDÓN W.: *La Naturaleza del Prejuicio*, EUDEBA, 1968; Pág. 24.

² *Ídem*, Pág. 28.

³ LOCKE, JOHN: *Two Treatises on Civil Government*; 2° Tratado, Cap. 5.

⁴ *Ídem*. Cap. 2.

⁵ *Ídem*, Cap. 2.

⁶ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Cap. LXXXVIII.

⁷ FERNÁNDEZ DE NAVARRETE: *Primera Navegación de Américo Vespucio...* en *Colección de los viajes...*, Tomo III, Pág. 211-224, en *Noticias de la Tierra Nueva*; EUDEBA, 1964, Pág. 102-104.

⁸ LÓPEZ DE GOMARA, FRANCISCO: *Historia General de las Indias*, citado por BUSANICHE, JOSÉ LUIS; *Historia Argentina*, Cap. II, Pág. 21-22, Hachette, 1975.

⁹ Para este punto ver *Historia Crítica de la Filosofía Occidental*, Tomo IV, *El Empirismo Inglés*; el artículo referido a John Locke, de D. J. O' CONNOR, Paidós, Pág. 19.

¹⁰ HUME DAVID: *Tratado de la Naturaleza Humana. Acerca del Entendimiento*: Primera Parte, Sección I, Pág. 31, Paidós, 1974.

¹¹ Para este tema ver PÉREZ AMUCHASTEGUI: *Mentalidades Argentinas* (1860 1930), Cap. III, EUDEBA, 1965.

¹² FERNS, H. S.: *Gran Bretaña y Argentina en el Siglo XIX*, p. 68, Hachette, 1974.

¹³ ROMERO, JOSÉ LUIS: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 66, Siglo Veintiuno Editores; 1976.

¹⁴ *Ídem*, p. 67.

¹⁵ *Ídem* p. 67.